

Los primeros en volver...

José Miguel Naveros

DE la guerra de España quedan partes de sombras que hay, por necesidad, que alumbrar: existen nombres de prestigio de los que se ha procurado crear una falsa imagen. El franquismo, desasistido de intelectuales los buscó, como buscó mentores ideológicos.

La carta en «El País» del domingo 17 de febrero de este año, de José Ortega Spottorno, hijo de don José Ortega y Gasset, rectificando a Francisco Giral (1) sobre la reanudación de la actividad universitaria de su padre a su regreso a España después de la guerra civil, nos da pie para escribir este trabajo: «LOS PRIMEROS EN VOLVER». Al franquismo no se enganchó nunca ningún intelectual de valía español. Bien es



LA POSICION DEL DOCTOR MARAÑÓN

Marañón pudo reintegrarse a su cátedra nada más regresar. Creyó, y no sin razón, que impartir una buena enseñanza médica era una necesidad para su país. Los momentos no ofrecían bue-

(1) «¿Se puede elevar la vida universitaria?» Artículo en «El País», sábado 16 de febrero 1980.

nos profesores universitarios: de un total de 430 de éstos se habían fusilado así como un centenar. Luego estaban los exilados por republicanos, que eran muchísimos y de renombre internacional.

No vivió Marañón muy satisfecho al ver su libertad coartada y debió sentir al igual que su mujer —de gran

espíritu liberal— el camino emprendido por su único hijo varón.

A Gregorio Marañón Posadillo le unió una estrecha amistad con Indalecio Prieto, el líder socialista, y la correspondencia sostenida entre ellos debe tener un gran valor histórico. ¿Se podrá leer algún día?

Del semanario «El Socia-

(MARAÑÓN, BAROJA, AZORIN, ORTEGA Y GASSET)



Celebración, en el teatro «Juan Bravo», de Segovia, de un mitin organizado por la Agrupación al Servicio de la República, el 14 de febrero de 1931. De izquierda a derecha, en la fotografía: Antonio Machado, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala.

cierto que el régimen franquista intentó en algunos casos, como en el de Azorín, atraérselos, pero se puede demostrar que el «control del pensamiento» ejercido sobre él no influyó lo suficiente. Azorín era un hombre asceta que tenía un gran dominio de sus nervios.

Marañón, que pudo ser el más débil, su hijo, que salió con él a Francia en plena guerra, volvió a España para enrolarse en las tropas de Francisco Franco, fue siempre un liberal consecuente.

Baroja marchó a Francia nada más comenzar la guerra, pero volvió poco después de acabar, traído por su nostalgia.

Voy a estudiar estos casos sucintamente bajo la mirada de la Historia.

lista», que se editaba en Toulouse, donde Prieto era puntual con un artículo de gran enjundia —no faltó ninguna semana a la cita con sus lectores— se recibían tres ejemplares en España con regularidad: uno en el Ministerio de la Gobernación, otro, por valija diplomática, en el Ministerio de Información y Turismo —remi-

tido por Luis G. de Linares, agregado de Prensa de la Embajada de España—, y un tercero que iba a manos del doctor Marañón, remitido con seguridad por don Inda (2). El Ministerio de la Gobernación, que debía desconocer que el Ministerio de

(2) «Don Inda», así era conocido Indalecio Prieto en los círculos políticos, periodísticos y hasta por el pueblo.

Información y Turismo recibía otro ejemplar, cuando no le llegaba el suyo recurría a pedirselo a don Gregorio Marañón.

De estos artículos, el titulado «Antropometría política - La ficha de un Perillán» (27 de abril de 1955), donde Prieto desnudaba moralmente a Manuel Aznar, tuvo gran repercusión. No habiendo Go-



José Ortega y Gasset.

bernación recibido el ejemplar solicitó a Marañón el suyo y, fotocopiando el artículo, se repartió por todo el Madrid oficial.

Hacia Prieto en su trabajo el panegírico de don Miguel Moya, primer presidente de la Asociación de la Prensa, comparando su honestidad y prestigio con el arribismo del nuevo presidente Manuel Aznar.

Cuando muere Marañón, en Madrid el 27 de marzo de 1960, Prieto escribe un artículo emotivo: «Silencio y Soledad - Gregorio Marañón» (13 de abril de 1960). Dice el líder socialista:

«Después de muerto, habrá recibido Gregorio Marañón la última carta que le dirigí. Porque falleció el 27 de marzo por la mañana y yo le escribí el 26 por la tarde en respuesta a misiva suya del 17. Merced a la moderna organización periodística que permite a grandes agencias informativas, con sus vastas redes de teletipos, divulgar por el mundo los sucesos al instante de ocurrir, me enteré en México de la muerte de Marañón minutos después de acaecer, pues se encargaron de participármelo los redactores que en esta

capital tiene «France Press». Poco más tarde llegaba a mis manos un telegrama de la viuda diciéndome: «Trombosis cerebral, falleció hoy casi repentinamente Gregorio. Consternada, abrázale, Lolita». Su mensaje cruzóse con uno, firmado por mis hijas y yo, concebido en estos términos: «Estrechamente vinculados a esa familia, compartimos con ustedes el profundo dolor por la tremenda desgracia».

Marañón, por lo que leemos, compartía el exilio de Prieto, y ambos juzgaron epistolariamente la situación política de España.

Menciona Prieto en el artículo citado, con el subtítulo «PANORAMA POLITICO», los párrafos de una carta de don Gregorio, 20 de agosto de 1957, donde dice:

«Toda la actitud de don Juan da la impresión de indecisión, de cautela y acaso de no saber exactamente a qué carta quedarse. En realidad, tiene motivos para ello. No sabe quiénes son partidarios suyos ni lo que exactamente



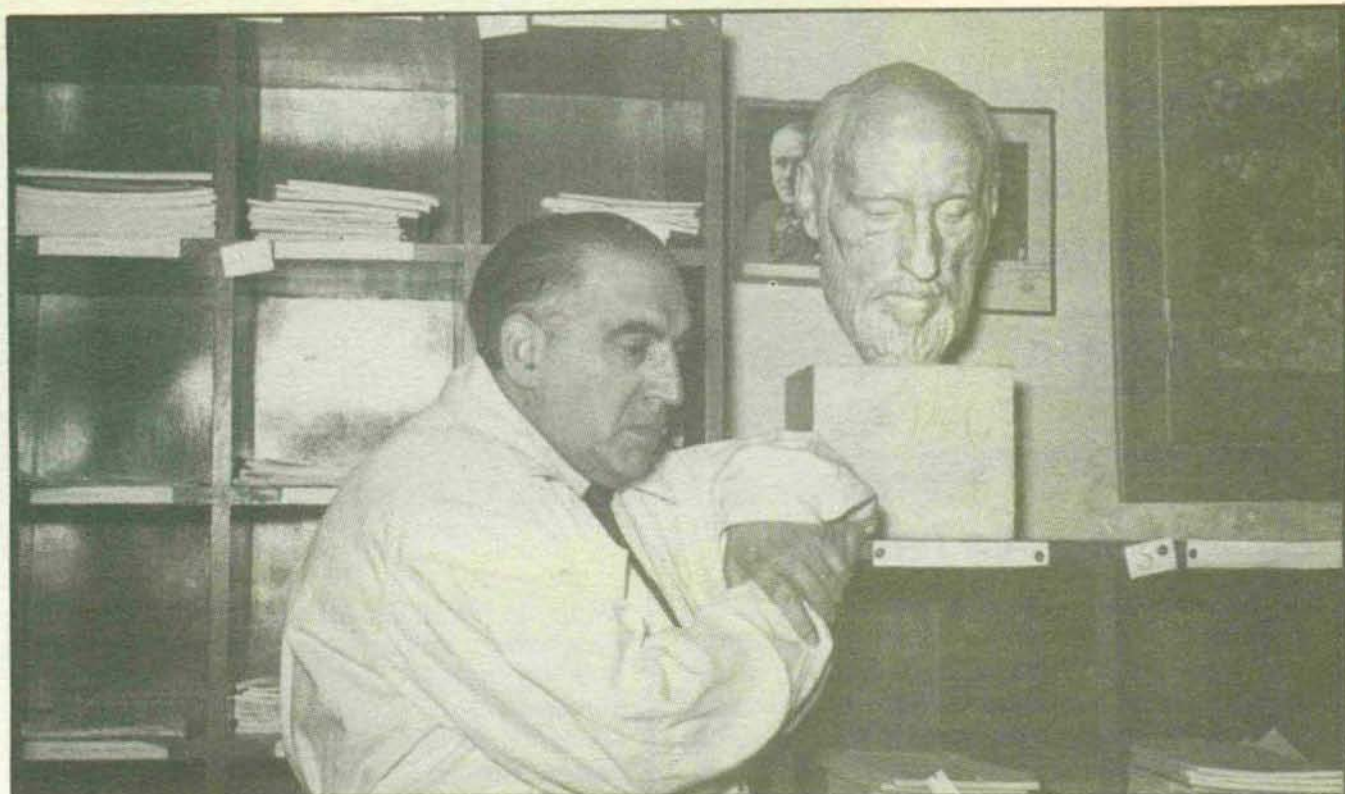
Gregorio Marañón.

desean, lo cual disculpa su vaguedad, sin negar que pueda haber también un fondo de inexperiencia, de desconcierto y de tendencia natural a las definiciones no claras».

«No me parece nada verosímil que el proyecto de monarquía absoluta, arreglado, según dicen, entre Carrero Blanco, Calvo Serer y el ambiente «oriolesco» de las provincias vascas, sea grato a don Juan. Yo he visto a éste tres o cuatro veces para visitar a su hija. No



Indalecio Prieto (en primer plano), en compañía de Luis Jiménez de Asúa y Ruiz Funes.



Gregorio Marañón, en los últimos años de su vida, junto a un busto de Ramón y Cajal.

puedo juzgarle profundamente, pero me parece muy superior a su padre».

En una palabra, Marañón volvió a España casi recién terminada la guerra. Pero era un disconforme del fascismo y se preocupaba por el porvenir de su patria. La repulsión por el régimen de Franco seguramente minó su organismo. Era un hombre sensible y sabía cuánto estaban pasando.

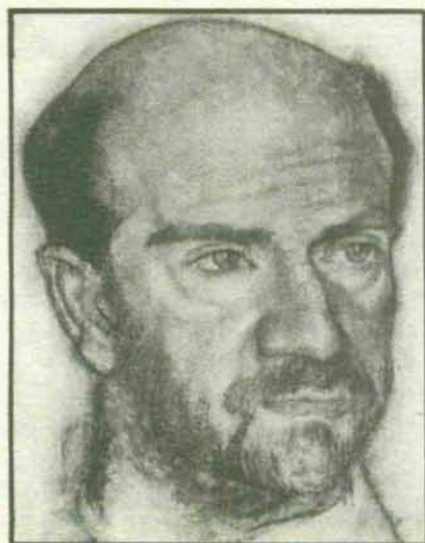
BAROJA, APOLITICO Y REBELDE, NO PUDO PERTENECER A LA ESPAÑA DE FRANCO

Don Pío Baroja, al que le cogió el levantamiento militar en Navarra, con el peso de toda su obra encima, en especial el de su trilogía «La lucha por la vida» (3), tuvo que salir de su tierra por

(3) «La busca», «Mala hierba», «Aurora roja».

piernas y perseguido por los de la «cresta roja». A Francia le pasó un militar amigo suyo.

Vio la guerra de España tras la barrera, como vio siempre la vida, y, hombre de poco espíritu, pronto tuvo que volver. Escritores jóvenes, deseosos de un nombre, le acogieron y arrojaron. Vivir entre Baroja era mucho para bastantes de ellos. «¡Eran los amigos de Baroja!»



Pío Baroja, por Daniel Vázquez Díaz.



Una de las últimas fotografías de Pío Baroja.

Despedida a mí mismo

Azorín

José Martínez Ruiz, «Azorín», por Ignacio Zuloaga.



Especial para «LA PRENSA»

París, 1939

HA terminado la batalla. He perdido la batalla. Y estoy irremisiblemente perdido. No sé qué hora es. No tengo idea del tiempo. No sé si hemos estado peleando tres días o tres horas. Tres horas o tres minutos. Todo se ha esfumado en el caos. Volvió todo, para mí, al no ser. Ni tengo reino, ni palacios, ni jardines, ni servidores, ni ejército, ni fortalezas, ni armas, ni caballos, ni tesoros, ni blandicias del lujo. Y no acierto a explicarme cuál es el estado de mi espíritu. En lo alto fulgen las estrellas. La noche es oscura y misteriosa. No sé dónde asiento mis plantas. ¿Triste? ¿Resignado? Triste, desde luego. Triste, porque lo he perdido todo. Y lo que más penetra en mi alma, con punzada dolorosa, es la pérdida de España. ¡Ah, mi España! Desde allá, en lo alto, subido al andamio de las murallas de Toledo, espaciaba yo mi vista por el paisaje. Tras el horizonte, allende las montañas que lo cierran, presentía yo la noble y espaciosa España. Al amor por España —he de decirlo— mezclaba yo otro amor. No sé si me propasé en esta pasión. La pasión era ardiente y profunda. ¡Era tan bella Florinda! En estos momentos de la noche, noche en la tierra y noche en mi alma, la estoy viendo desde el fondo de mi desaliento, en un cerrado jardín, rodeada de sus doncellas. Su semblante emana dulzura. Cabe una alberca orlada de mirtos, está la hechicera mujer. Sus doncellas sonríen y ella sonríe también. Un caño de cristalina agua que cae en el estanque, mueve un armonioso murmurio. No podrá nadie imaginar lo exquisito del momento. Estaba yo próximo, escondido en la arboleda, y podía ver sin ser visto la maravillosa escena. De pronto, Florinda soltó sus cabellos. Tenía el busto desnudo. Sobre la blancura nivea resaltó el oro de la cabellera suave y copiosa. El cielo resplandecía de azul y un ruiseñor comenzó a cantar.

Todo pasó. Voy caminando a la ventura. La

fatiga me rinde. A veces los pies titubean y he de asirme a un peñasco para no caer. Pero lo que me inquieta es que no veo claro en mi ánimo aflicto. Hace dos horas la angustia fue suprema. Orelia, mi caballo, caía muerto de extenuación. A lo largo de los mejores años de mi vida este bruto leal ha sido mi mejor compañero. Y ahora me abandonaba. No por su voluntad, sino por la fuerza del destino. He permanecido durante largo rato hecho piedra. Orelia yacía junto a mí, y yo estaba inclinado sobre su cabeza. Nada se percibía en la noche inmensa. Las luminarias eternas continuaban centelleando sobre esta muerte. Esta muerte, la de mi caballo, era tan patética como la del hombre más querido. Y al fin he depositado un beso en la frente del noble animal y he proseguido despacio, baja la cabeza, mi camino.

Y este camino, ¿Adónde me conduce? ¿Y qué va a ser de mí ahora? ¿Y qué va a ser de España? No me importan los palacios, ni las riquezas, ni las sedas, ni los atuendos, ni los banquetes regalados, ni los vergeles floridos. Lo que llevo, en el fondo del alma es España. ¿Y podrá comprenderse esto en lo futuro? Irá pasando el tiempo. Se sucederán inexorables los siglos. Y sobre mi persona irán acumulándose las acusaciones iracundas, los improperios, las ardorosas maldiciones. Todo el que ocupe un puesto eminente, si la desgracia le derriba, debe prevenirse contra la leyenda emponzoñada. ¡Ay del príncipe, del gobernante, del político, del capitán que no sepan remontarse sobre la impopularidad! Presiento que la leyenda adversa se ensañará conmigo. Poetas e historiadores me habrán de maltratar. ¿Y qué me importa? ¿Es que acaso la pérdida de España podrá provenir en su causa inmediata, de una liviandad? Fuerza no ha habido con Florinda. La he querido tiernamente y me ha querido ella. Los mirtos de ese jardín en que tanto nos hemos visto, las claras aguas, el

cristal de la alberca, las nubes que cruzaban por el azul, los ruiseñores que melodiosamente cantaban en la enramada, son testigos de mi inocencia. El destino fatal que sube a las naciones, las derrumba. Esos africanos que invaden a España creen en la fatalidad. No podría yo explicar de qué modo Africa —el Africa que me había de perder— llega hasta mi espíritu, envolviéndolo y adormeciéndolo con el enervante fatalismo. Todo lo que ocurre debe ocurrir, y ni hay fuerzas humanas que lo contrasten. Hablaba yo, hablaba entre mí, del estado singular de mi espíritu. ¿Tristeza? ¿Resignación? No acertaba a discernirlo. Pero ahora veo, al pensar en la fatalidad, que en la fatalidad tengo el consuelo. Cada vez siento más fatiga. Cerca de treinta horas hace que no pruebo bocado. Estos arreos lujosos de que cubro están hechos jirones y llenos de lodo. Perdí mi espada. En la rama desgajada de un árbol camino apoyado. Una lucecita brilla ahora a lo lejos. Dentro de un instante sabré de qué se trata... Sigo caminando. Ya estoy ante la puerta de la cabaña. Doy dos recios golpes. Ladra un can. Empujo la puerta y me veo en un hogar ante el que hay sentado un hombre. Nos miramos en silencio. Y al fin se entabla el diálogo. El labriego que vive aquí ha estado en el campo de la batalla. Ve en mí a un guerrero del ejército destrozado.

—Negro fue el trance, en verdad.
—Negra fue la jornada.
—¿Estuvo el señor en ella?
—Estuve en ella.
—Quedó roto el ejército.
—Quedó roto.
—¿Ha venido el señor a campo traviesa?
—He venido por los montes sin saber adonde iba.
—Está el señor en la casa de un hombre de paz.
—La paz venga a mi espíritu.
—¿La paz nada más?
—La paz y la esperanza.
—¿Y nada más que la paz y la esperanza?
—Y el recuerdo, para toda la vida, de España.
—¡Pobre España en estos días de luto!
—¡Que el luto se convierta, andando el tiempo, en alegría!

Habían callado. Y el labriego, en una mesita que ha colocado ante mí, ha puesto pan y algunas viandas. Se ha sentado él también, y cogiendo pan lo ha roto con un gesto lento, diríase que religioso, y me ha entregado a mi una mitad, en tanto que él se quedaba con la otra. En el hogar, la lumbre, avivada con una brazada de ramaje, lanzaba llamas, que ondulaban como rojas banderolas.

—¿Sabes quién soy? —dijo al campesino.
El interrogado permanece aparente silencioso.

El resto de vanidad que en mí queda me ha impulsado hacer la pregunta. No me pesa de haberlo perdido todo. Y todavía siento el orgullo de ser rey. Estoy conforme con no ser nada, con no tener ni servidores, ni magnates sumisos, ni ejércitos, y todavía al encontrarme ante un pobre labriego quiero que este hombre me reverencie y admire. La condición humana es miserable. El barro húmedo, siempre es barro.

—¿Sabes quién es el hombre que tienes ante ti? ¿Sabes quién está en tu cabaña?

El labriego callaba y me estaba contemplando con ojos en que tal vez había desdén y piedad. En este momento he sentido que el desdén de este hombre, de este hombre insignificante, era superior a la majestad de los reyes.

—No sé quién es el señor —ha dicho al cabo—. Y si he de decir verdad, ¿qué me importa a mí quién sea?

—¿No tienes curiosidad por saberlo? ¿No has asistido a la batalla? Y si no estuviste en el fragor del combate, ¿no has contemplado después los restos tristes de un ejército?

El labriego ha vuelto a callar. Su silencio me producía inquietud y ha acabado por irritarme.

—¡Soy Rodrigo, el rey! —he gritado reciamente.

Y el rústico contesta:

—El ardor de la batalla, la fatiga de la lucha, habrán enervado al señor. Pido perdón por ello y digo que el señor desvaría. No lo extraño. La batalla ha durado largo tiempo y ha sido durísima. Al rey Rodrigo, muerto en la lucha, lo he enterrado yo. Estas manos que ve el señor han arrojado piadosamente sobre su cuerpo la tierra. Sí, era Rodrigo, el rey Rodrigo, el muerto. Lo estaban diciendo su semblante y sus regias vestiduras. ¿De qué modo va a ser el señor el rey don Rodrigo?

No hemos hablado más. No tenía yo fuerzas para continuar el diálogo. El desaliento más profundo me abatía. Se me ha despojado de todo, palacios, riquezas, jardines, y ahora se me despoja también del alma. Yo no soy yo. Lo que me quedaba de más inalienable, el ánimo inmortal, este labriego acaba de llevárselo. Soy peor que un hombre muerto. El muerto conserva su personalidad. No tengo yo la mía. En la pobre cama de hierbas secas en que reposo ahora, yo veo que un Rodrigo, otro Rodrigo, está en pie junto a mí. Ese nuevo Rodrigo no es rey, no ha sido rey, sino que es un pobre desconocido viandante. Y ese Rodrigo se despidió de mí y me dice:

—¡Adiós, Rodrigo! Ya no eres nada. Fuistes rey de España antes. Has sido después, desde la derrota, ex rey. Y ahora tu personalidad, sin ser rey, sin ser ex rey, se ha perdido en la inmensa nada de los espacios insondables y eternos. ¡Adiós, Rodrigo!

AZORIN

Se acompaña artículo aparecido en la prensa de Buenos Aires y del cual es autor AZORIN.

Su sentido oscuro y cabalístico lo hace interesante, puesto que ni en Buenos Aires ni en España se ha llegado a penetrar en el sentido del escrito.

No dio su brazo a torcer don Pío. Siguió escribiendo con el desparpajo de siempre, y en trozos de sus «Memorias», publicadas en «Informaciones», dio más de un escándalo.

Baroja, campechanote y cazurrón, decía convencido, no por pose literaria:

«Yo creo que escribir es como andar; un movimiento que está condicionado por el ritmo interior».

Ortega y Gasset lo señaló a los jóvenes de su tiempo

como "un hombre libre y puro que no quiere servir a nadie ni pedir a nadie nada..."

Carecía del falso patriotismo español y decía las cosas como las sentía. Al ser preguntado una vez que qué pensaba de una posible salida de los ingleses de Gibraltar y su entrada en Madrid, contestó entre serio y burlón:

—Por desgracia no nos caerá esa breva.

Baroja muere el 30 de oc-

tubre de 1956, a las cuatro de la tarde. Días antes de su muerte había recibido la visita de Hemingway. El entierro fue civil y nadie pudo cambiar su última voluntad. Estuvo siempre, nunca dejó de estarlo, contra la España de los uniformes, los ensotanados, los aristócratas y los cursis burgueses funcionales y consumistas.

Era un español que necesitaba el aire de España para blasfemar cada día que sale el sol. No tenía madera de exilado y fue rebelde impenitente. Volvía o se moría. Pero su dignidad no se empañó nunca. No colaboró en ningún momento con el franquismo.

EL TRAIIDO Y LLEVADO AZORIN

Con José Martínez Ruiz Azorin sucedió que vivió más años de los debidos, y juvenuelos escritores falangistas —hoy ucedistas—, le movieron de acá para allá. Hasta le



MINISTERIO DE LA GOBERNACION

Madrid, 6 de Febrero 1940. - Año de la Victoria

DE: EL JEFE DE NEGOCIADO DE CONTROL

A: JEFE DEL NEGOCIADO DE DIRECCION

Asunto:

Se adjunta artículo de Azorin remitido directamente a este Negociado por el Director General para informe. En el despacho de hoy se le ha significado que en opinión de quien suscribe, el artículo, primordialmente escrito parece ser que en definitiva hace referencia de un estudio espiritual del Rey D. Rodrigo, en un momento vital de su personalidad y de la Historia de España. Pero aún dentro del sentido exotérico puede encubrir otras intenciones e identificar la personalidad nítida del Rey Don Rodrigo con la personalidad literaria, política o espiritual del autor. En este caso algunas afirmaciones del artículo, serían altamente censurables.

El Sr. Director de Prensa de acuerdo con este informe se encarga que lo envíe a ese Negociado, a fin de que juntamente con el artículo se archive en el expediente del autor

EL JEFE DEL NEGOCIADO

Antonio Valerini

hicieron visitar a Franco. ¡Qué vergüenza, cuando contra Franco había escrito y nada más acabada la guerra! Tuvo ese valor. Pero había que airear su persona, decir al mundo que España tenía nombres, y se le utilizó como se pudo. Azorín en el fondo era un asceta, casi tanto o más que Baroja. Marañón, que visitaba a Azorín como médico, decía que la longevidad del gran escritor estaba explicada por la «parvedad de sus despilfarros vitales». «Tenía toda la vida —se ha dicho!! que no gastaba».

Un hombre así pudo soportar el franquismo y los franquistas. Dedicó algún libro, dejó caer alguna palabra y todos se sintieron azorinianos. Pero Azorín no tiene fácil imitación en su estilo. Los poquísimos que lo han imitado han caído en lo cursi y han rebañado con exceso las palabras.

Sacar a Azorín de las huestes franquistas no es difícil. No tendremos nosotros ni qué explicarlo, aunque se ejerció sobre él el «control del pensamiento».

En «La Prensa», de Buenos Aires (7-I-40), publicó el artículo «Despedida de mí mismo», que quizá no muchos conozcan, y que representó una bomba al explicar cómo pensaba al terminar la guerra de España. Hubo con motivo de este artículo una «Nota» del Ministerio de la Gobernación, Madrid, 6 de febrero de 1940.—Año de la Victoria. Se decía:

«DE: EL JEFE DE NEGOCIADO DE CONTROL.
A: JEFE DEL NEGOCIADO DE DIRECCION.

Se adjunta artículo de Azorín remitido directamente a este Negociado por el Director General para informe. En el Despacho de hoy se le

ha significado que en opinión de quien suscribe, el artículo, primorosamente escrito, parece ser que, en definitiva, hace referencia de un estudio espiritual del Rey Don Rodrigo, en un momento vital de SU PERSONALIDAD Y DE LA HISTORIA DE ESPAÑA. Pero

«Ha terminado la batalla. He perdido la batalla, y estoy irremisiblemente perdido. No sé qué hora es. No tengo idea del tiempo. No sé si hemos estado peleando tres días o tres horas. Tres horas o tres minutos. Todo se ha esfumado en el caos. Volvió todo, paramí, al no ser. Ni



Azorin, en la década de los cincuenta.

dentro del sentido exotérico puede encubrir otras intenciones e identificar la personalidad nítida del Rey Don Rodrigo con la personalidad literaria, política o espiritual del autor. En este caso, algunas afirmaciones del artículo serían altamente censurables.

El Sr. Director de Prensa, de acuerdo con este informe, me encarga que lo envíe a ese Negociado, a fin de que juntamente con el artículo se archive en el expediente del autor.—EL JEFE DE NEGOCIADO».

El expurgar el artículo es de interés. Comienza:

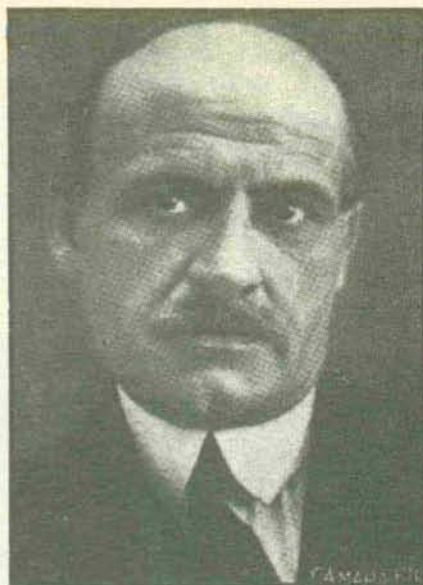
tengo reino, ni palacios, ni jardines, ni servidores, ni ejército, ni fortaleza, ni armas, ni caballos, ni tesoros, ni blandicias del lujo. Y no acierto a explicarme cuál es el estado de mi espíritu. En lo alto fulgen las estrellas. La noche es oscura y misteriosa. No sé dónde asiento mis plantas. ¿Triste? ¿Resignado? Triste desde luego. Triste, porque lo he perdido todo. **Y lo que más penetra en mi alma, con punzada dolorosa, es la pérdida de España. ¡Ah, mi España!**» (4).

En otro párrafo dice:

(4) *Lo subrayado es nuestro.*

«Lo que llevo en el fondo del alma es España. ¿Y podrá comprenderse esto en lo futuro? Irá pasando el tiempo. Se sucederán inexorablemente los siglos. Y sobre mi persona irán acumulándose las acusaciones iracundas, los improperios, las ardorosas maldiciones. Todo el que ocupe un puesto eminente, si la desgracia lo derriba, debe prevenirse contra la leyenda emponzoñada. ¡Ay del príncipe, del gobernante, del político, del capitán que no sepa remontarse sobre la impopularidad! Presiento que la leyenda adversa se enseñará conmigo. Poetas e historiadores me habrán de maltratar».

Y tras desempolvar en su artículo al Rey Don Rodrigo, servido de un labriego que niega su personalidad al Rey, dice proféticamente:



Ortega y Gasset, foto de juventud.

«¡Adiós, Rodrigo! Ya no eres nada. Fuiste rey de España antes. Has sido después, de derrotado, es rey. Y ahora tu personalidad, sin ser rey, sin ser ex rey, se ha perdido en la inmensa nada de los espacios insondables y eternos. ¡Adiós, Rodrigo!».

Sinceramente lo que no dice la «nota», Azorín lo expresa: España ha abierto sus puertas a la invasión y a la sangre. El escritor llora arrepentido de todo y se despide de sí mismo.

La Historia, hay que repetirlo muchas veces, es más difícil borrarla que escribirla.

ORTEGA Y GASSET, GUIA DE TODA UNA GENERACION

Ortega se resistía volver a España. No podía fundir su fino espíritu al franquismo. Aquel que con la ronca voz de unas manos asesinaba. ¡Qué alegría matar! El calor del odio era tan fuerte que se sentía como una obligación. Era terrible pensar que mirando el reloj se dijera: Aprieta y muere.



Entierro de Ortega y Gasset (1955).

Ortega pasó de Francia a la Argentina. Era su tercer viaje a Hispanoamérica y a este país —el primero databa de 1916, tenía Ortega 33 años y había publicado ya su «Vieja y nueva política» y «Las meditaciones del Quijote»—, y el segundo de 1928 invitado por «Amigos del Arte» (viaje de «ocupación de Ortega» fue llamado por la prensa argentina, frente al primero denominado de «conquista»), y el tercero lo realizó como exilado español en 1939, nuevamente invitado por «Amigos del Arte», y allí residió hasta finales de 1941. Es ya el maestro nutrido de experiencia. Este viaje lo hizo en el vapor «Alcántara», desde Francia, donde vivía, y en el que viajaban también el general Vicente Rojo, dispuesto a dedicarse a la enseñanza de las matemáticas en América. Ahora Ortega dicta —al margen de conferencias aisladas— dos importantes cursos: «El hombre y la gente» y «La razón histórica».

La vuelta a España del ilustre profesor fue de aislamiento y se dedicó a escribir para periódicos americanos y dar cursos, que tuvieron gran resonancia, con número limitado de inscriptos.

El primero, recuerdo que fue en el Círculo Mercantil Industrial de Madrid, restringido a personas matriculadas —como ya hemos dicho—, y con abierta expectación. Como «matriculado en el curso» asistió, al menos, una persona como censor. En este caso el de Joaquín García Saro, que había sido teniente en el ejército de Franco y había pertenecido al SIP (5). Me consta por

(5) Sigla: Servicio Investigación Policial, del ejército franquista.



Antonio Machado, por Picasso.

propia confesión de García Saro, que alardeaba de ello.

Ortega y Gasset no tuvo jamás contactos con el franquismo ni sus hombres. Su personalidad intelectual a nivel mundial era su salvaguardia. Tuvo la fortuna entre otros trabajos escribir dos obras capitales: «Meditaciones de Don Quijote» y «La rebelión de las masas», pero pesó sobre él un destino trágico. Dice Sánchez Ocaña: «La mitad de su camino lo ha tenido que hacer entre sombras: guerras, dictaduras, censuras y coacciones» (6). Echó a andar bajo el sol de Andalucía (Málaga), con ímpetu de adolescencia. Esta influencia andaluza «le dio el maravilloso talento verbal que poseía. Regalaba palabras sin cesar. Ortega y Gasset debió ser una de las personas que más capital de palabras poseyeron» (7). Creó la «Revista de Occiden-

(6) Revista «Vea y Lea». Buenos Aires, núm. 222, 3 noviembre 1955. Artículo Vicente Sánchez Ocaña: «Buenas noches, don José».

(7) Idem, ídem.

te», que tanto honró a España en los más altos círculos culturales del mundo. Desapareció en la guerra y no pudo volver a salir en los tiempos de don José (8).

Ortega y Gasset fue guía espiritual de su época y su muerte, en otoño de 1955, en pleno franquismo, supuso —como dijo Marañón— «un verdadero dolor universal» (...). «No se cuentan vocerías aisladas» (...). «El espectáculo de anteayer, en el acto organizado por la Universidad, fue conmovedor. Muy enteros e inteligentes son estos estudiantes» (9).

No hubo entierro oficial: la familia lo impidió adelantando la hora. Se discutió si murió o no en el seno de la iglesia. Esto es algo que no importa investigar: Ortega lo tiene dicho todo en su copiosa y admirable obra.

Nada aventuramos al hacer estas afirmaciones. El franquismo de verdad, pese a todos sus intentos y marrullerías, nunca contó con ningún intelectual español.

Decía sabiamente Antonio Machado:

«El que no habla a un hombre, no habla al hombre; el que no habla al hombre, no habla a nadie». ■ J. M. N.

(8) Prieto en un artículo «En desagravio - José Ortega y Gasset» (9 noviembre 1955), escribe en relación con la «Revista de Occidente»: «Cuando regresó Ortega y Gasset quiso reanudar la publicación "Revista de Occidente", suspendida desde 1936. Hizo la solicitud y el ministro ponente la llevó con el dictamen favorable a una reunión del Gobierno, presidido por el general Franco. "El señor Ortega y Gasset —objetó un consejero adúlón— lleva algún tiempo en Madrid y todavía no ha venido a cumplimentar a su excelencia". El ponente metió la solicitud en el portafolio sin que se hablase palabra más del asunto».

(9) Párrafos de carta de Marañón a Prieto y citados después por éste.